



Contratexto

ISSN: 1025-9945

contratexto@ulima.edu.pe

Universidad de Lima

Perú

Oliveros Fortiche, Diana Esperanza

El precio de acceder a lo digital: conflictos de centralidad entre el capital cultural y el
capital TIC en clases medias y bajas de Bogotá, Colombia

Contratexto, núm. 28, julio-diciembre, 2017, pp. 45-69

Universidad de Lima

Surco, Perú

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=570667366003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El precio de acceder a lo digital: conflictos de centralidad entre el capital cultural y el capital TIC en clases medias y bajas de Bogotá, Colombia

Diana Esperanza Oliveros Fortiche

Universidad Central
doliverosf@ucentral.edu.co

Recibido: 1/9/2017 / Aceptado: 28/9/2017

doi: 10.26439/contratexto2017.n028.1552

RESUMEN. El dominio de lo digital se ha convertido en una competencia necesaria en campos académicos, laborales y sociales. Estar desconectado, no usar aparatos tecnológicos de comunicación o no tener manejo sobre ellos conduce a situaciones de desigualdad de oportunidades y a la invisibilidad social. El siguiente estudio recoge el marco teórico formulado por Bourdieu, y desde allí propone la categoría de capital TIC como avance para la comprensión de problemáticas en torno al acceso a lo digital y su relación transformadora en lo social. Los hallazgos más significativos evidencian cómo los sujetos actuales supeditan su capital cultural, sus formas de interacción, lenguajes, consumos de bienes culturales, legitimidades simbólicas y estatutarias a prácticas tecnológicas del mundo de lo digital.

Palabras clave: brecha digital / capital TIC / capital cultural / clase social / desigualdad

***The Price of Digital Access: Conflicts of Centrality
between Cultural Capital and ICT Capital among the Middle
and Lower Classes of Bogotá, Colombia***

ABSTRACT. Mastering digital technologies has become a necessary skill in the academic, workplace and social spheres. Being disconnected —not using technological communication devices or not having control over them— leads to situations of inequality of opportunities and social invisibility. The following text includes the theoretical framework formulated by Bourdieu and from there, it proposes the category of ICT Capital as an advance towards understanding issues related to digital access and its transforming social relationship. The most significant findings show how current individuals subordinate their cultural capital, forms of interaction, languages, consumption of cultural goods, symbolic and statutory legitimacy to the technological experience of the digital world.

Keywords: digital divide / ICT capital / cultural capital / social class / inequality

Introducción

En Colombia, en el 2016, un 45,2 % de los hogares poseían computadoras o *tablets*, y en ese mismo año un 58,1 % de las personas de 5 años en adelante habían accedido a internet, siendo los jóvenes de 12 a 24 años el 82,8 % del total de los usuarios. En el caso de los celulares, la cifra fue desbordante, pues en el 96,5 % de los hogares al menos una persona contaba con teléfono celular (DANE, 2017). Estas cifras son evidencia del continuo avance de penetración que en los últimos veinte años han tenido las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en la vida cotidiana de los colombianos, y responden a voluntades políticas, a la relevancia del *e-commerce*, el dominio del mercado y los cambios sociales. Esta complejidad de evidencias sobre los cambios o avances en la superación de la brecha digital no puede explicarse por un determinismo que la justifique a partir de la influencia única de la tecnología (Buckingham, 2008), sino que, por el contrario, debe valorarse desde sus múltiples terrenos y miradas.

Por consiguiente, el ingreso de una computadora al hogar no es una simple adquisición de un juguete o electrodoméstico, sino que se configura como un dispositivo de mediación y de ruptura con las formas de relación social, tanto simbólicas como estatutarias. Computadoras, celulares u otros dispositivos no pueden entenderse únicamente como bienes tecnológicos, sino como objetos de consumo que son

construidos por complejidades cambiantes y condicionantes a la vez. En palabras de Baudrillard (1969):

Lo que el hombre encuentra en los objetos no es la seguridad de sobrevivir, sino la de vivir en lo sucesivo, continuamente, conforme a un modo cíclico y controlado, el proceso de su existencia y rebasar así, simbólicamente, esta existencia real en la que el acontecimiento irreversible se le escapa. (p. 109)

De esta manera, los bienes TIC son objetos producidos y reproducidos constantemente en su uso social. Es precisamente esta característica (y otras que se mencionarán en este artículo) la que los ha puesto en relación directa con el capital cultural (Buckingham, 2008; Winocur, 2009) y, por su función de conexión en red, con el capital social. Ya que “las redes sociales *online* nos vuelven absolutamente visibles y multiplican nuestro capital social, el celular nos permite extender virtualmente los lazos protectores del hogar, y, desde que estamos conectados, nos sentimos menos solos y más seguros” (Winocur, 2009, p. 13).

Pensar los objetos TIC con las dinámicas propias de los bienes y consumos culturales, e integrarlos al capital cultural, da importantes pautas para su comprensión. No obstante, no deja de presentar limitaciones hermenéuticas y hace acrecentar la duda de si se está tomando el marco de observación correcto sobre el fenómeno suscitado.

El presente artículo cuestiona este marco referencial de análisis y plantea la necesidad de valorar de forma aislada del capital cultural los objetos y comportamientos producto del terreno de las tecnologías de la información y la comunicación. Además, explica cómo estos objetos y sus relaciones configuran un nuevo capital denominado *capital TIC*, cuyo principal impacto es el desplazamiento del capital cultural, el mismo que ha marcado su origen y con el que mantiene relaciones estrechas, pero diferenciales.

A continuación, se exponen algunos referentes teóricos que nutren la categoría de capital TIC, seguidos de la metodología de investigación desarrollada para la comprobación y la comprensión de este mismo capital. Finalmente, se explicitan los resultados más relevantes obtenidos y se concluye sobre los costos y las contradicciones sociales y culturales posibles e inmediatas en un campo de las tecnologías de la información y la comunicación contemporáneo.

Clase social y capitales

El término *clase social* ha sido utilizado para dar cuenta de una estructura desigual, propia de sociedades modernas y capitalistas. Aunque por mucho tiempo esta categoría se volvió marginal, hoy en día ha tomado vigencia en campos de la economía, el desarrollo y sobre todo en temas sociales relacionados con la desigualdad e inequidad. Uno de los pensadores

más controvertidos sobre este tema es Marx (Giddens, 1980), que propone un concepto preciso de clase y ofrece un modelo para comprender su conflicto: la entiende como el resultado de una serie de cambios históricos, entre los cuales la división del trabajo y la acumulación de riquezas, sumados al crecimiento de la propiedad privada, propenden a un tipo de sistema de dominación de clases, donde reina la desigualdad y se imposibilita la movilidad positiva o de ascenso social.

Este sistema de dominación de clases es explicado por Marx a través de un modelo dicotómico de dominación cuyo eje principal son las relaciones de propiedad sobre los medios de producción. Así, la clase podría definirse, desde esta perspectiva, como “la relación entre diferentes grupos de individuos con los medios de producción” (Giddens, 1980, p. 30).

En esta concepción marxista, las clases sociales comportan no solo una división de la propiedad, sino del poder, ya que el control sobre los medios de producción proporciona el poder político. Por lo tanto, las expresiones de las relaciones de clases se dan entre explotadores-explotados, opresores-oprimidos y dominantes-dominados. Esta condición dicotómica cambia si la clase social se concientiza de su posición de subordinación y se hace responsable del desarrollo de una acción política:

La clase se convierte en un agente social importante cuando asume un

carácter directamente político y es foco de una acción colectiva [...] un agrupamiento semejante puede considerarse propiamente como “clase” solo cuando los intereses compartidos generan una conciencia y una acción comunes. (Giddens, 1980, p. 32)

Una de las críticas a esta apreciación marxista de clase es que supedita la acción política a una determinación económica y, asimismo, no valora otras posibles fuentes de diferenciación social; además, está la idea de la existencia de una conciencia de clase como parte o no de su identificación (Crompton, 1994). Weber (1968, citado en Giddens, 1980) da un concepto más explícito sobre clase e, igualmente, señala la diferencia entre esta y grupo de estatus; esta discrepancia es algunas veces asumida como oposición entre producción y consumo. En este orden de ideas, la clase expresa relaciones implicadas en la producción, mientras que los grupos de estatus presentan relaciones en el consumo y sus estilos de vida concretos; no obstante, la clase y los grupos de estatus se vinculan y relacionan mediante la propiedad, ya que ella es un factor determinante en la posición o estatus de clase y la base para seguir un determinado estilo de vida.

Las diferencias fundamentales entre los análisis marxistas y weberianos de clase se pueden sintetizar así: (i) Marx centra la clase en la explotación y la dominación que suceden en las relaciones de producción, mientras Weber sitúa las relaciones de clase en

las situaciones dadas por las diferentes oportunidades de clase en el mercado; (ii) Marx prioriza la clase en la evolución histórica dando una explicación causal; en cambio, Weber se opone a la explicación histórica marxista y formula una interpretación alternativa e idealista; (iii) Marx considera inevitable la acción de clase, y Weber piensa en las clases como bases posibles y frecuentes para la acción comunal (Giddens, 1980).

Las posiciones de Marx y Weber brindan elementos importantes para la definición de la categoría de clase social; sin embargo, es Bourdieu (2002 [1979]) quien logra integrarla y desarrollarla con mayor dinamismo, en cuanto la define como vinculada a un campo social en el que entran el poder, los agentes y el *habitus* de forma particular y decisiva en su construcción categorial.

La obra más destacada de Bourdieu ofrece una economía general de las prácticas que giran alrededor de las nociones de capital, *habitus*, campo y poder. En su libro *La distinción* (2002 [1979]), muestra cómo las clases sociales se mueven a través de la apropiación de capitales, en especial, de capitales culturales que son definidos, *grosso modo*, como aquellas incorporaciones, bienes y aprendizajes que poseen los agentes. En un campo social actual, modelado por relaciones de consumo y mercado, los agentes interactúan y luchan a través de diferentes *habitus* para poseer capitales que se proyectan importantes y significativos dentro de

este espacio social. Estos capitales, de modo general, serán el económico, el cultural, el social y el simbólico o de prestigio (Bourdieu, 1997). A estos se pueden asociar otros productos provenientes de las dinámicas sociales e históricas que actúan sobre el campo; por lo tanto, los nuevos capitales, como los *habitus* que asocian, podrán ser generadores de prácticas de posicionamiento, creando desigualdades y ubicaciones con diferencias inequitativas, pero a la vez definiendo grupos de desigualdad o de clase.

La desigualdad, en este orden de ideas, es asociada a las clases. Esto se debe a que Bourdieu (2000) entraría a definir las como “conjuntos de agentes ocupando posiciones similares que, situados en condiciones similares y sometidos a condicionamientos similares, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses similares, luego de producir prácticas similares y parecidas tomas de posición” (p. 30). Esta repetitiva definición permite comprender la constitución y la dinámica de clase al interior de un campo; por ello, la similitud en cuanto a posiciones (estatus), *habitus* o condicionamientos, intereses (capitales) y prácticas, marcará a los grupos sociales que constituyen una clase. Por tanto, la clase social será vista como un conjunto de agentes que ocupan posiciones similares en el campo o espacio social de acuerdo con los capitales que poseen y con los *habitus* o prácticas que siguen.

Bourdieu (2000) sitúa la clase en un campo o espacio social, y lo define como “la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por el conjunto de las propiedades activas dentro del universo social” (p. 28). Este campo o espacio social determina a los agentes que se ubican en él. En tal sentido, el estatus de un agente en un contexto social es determinado por el lugar que ocupa en variados campos o dimensiones de este espacio social. Sobre el agente actuarán distintos capitales.

Ahora bien, los capitales que poseen los agentes se entienden como la posesión de un recurso que es reconocido y valorado socialmente y, por lo tanto, tiene un poder asociado al mismo. El capital, como lo menciona Marx, es todo aquello que pueda valorizarse, siempre y cuando haya alguien dispuesto a reconocerlo. El volumen de cada capital se verá como un conjunto de poderes objetivamente utilizables.

Los capitales se presentan de cuatro formas fundamentales: el capital económico, cultural, social y simbólico o de prestigio.

El capital económico es directa e inmediatamente convertible en dinero y en su forma más institucional se materializa en los derechos de la propiedad; el capital cultural puede institucionalizarse en forma de títulos académicos; el capital social es un capital de obligaciones y relaciones sociales, y se institucionaliza en títulos nobiliarios. (Bourdieu, 2000, pp. 135-136)

Finalmente, el capital simbólico o de prestigio se centra en la imposición de una visión legítima del mundo que crea clasificaciones o representaciones, como las que describen temas de género, edad, estatus, entre otros (Bourdieu, 2000).

Capital TIC

A partir de la valoración de los capitales anteriores: económico, social, simbólico y cultural, se construye la idea del capital TIC que, como una forma de capital, se manifiesta como similar al cultural. Así, puede expresarse en bienes tecnológicos (TIC) u objetivados, en conocimientos o apropiaciones sociales o incorporadas, y en conocimientos regulados y normalizados o institucionalizados. La categoría de capital TIC se distancia del capital tecnológico, tratado ampliamente por Levín (1994), ya que para este autor el capital tecnológico posee una constitución inicial y general ligada con la mercancía, clave en la definición de su naturaleza, valor y relación con el dinero. Así:

El capital es (en virtud de la transformación mediada por el dinero) la forma concreta de la mercancía. La mercancía misma es, en su concepto, una abstracción del capital; ella es hasta hoy o capital en germen cuando es apenas incipiente, fronterizo, pre-capitalista, no predominante, o bien un aspecto de la relación capital, pero nunca un sistema productivo mercantil no capitalista. (Levín, 1994, p. 176)

La relación del capital con la mercancía y el dinero se encuentra en su esencia y en su historicidad, así como su existencia en la acción recíproca de otros capitales. El capital es el valor que se valoriza y, por lo tanto, el capital tecnológico es el que toma predominancia; para el estudio específico de Levín (1994), es el capital presente en la organización.

Partiendo de esta base y buscando una aproximación a la naturaleza del capital TIC, se reconoce que el capital que más se le acerca es el cultural y, por esta razón, es necesario comprender a este último en sus aspectos fundamentales. El capital cultural puede existir bajo tres formas: incorporado o como disposiciones duraderas del organismo; objetivado, en la forma de bienes culturales como obras de arte, libros, esculturas, música; y, finalmente, institucionalizado, ya que se manifiesta en títulos o acreditación de formación y avance intelectual.

A partir de estas características del capital cultural, se concluye que el capital TIC o de tecnologías de la información y la comunicación se entiende como un tipo de recurso y poder productor de efectos sociales, que toma forma de capital incorporado al ser aprendido y generar vínculos estrechos con el cuerpo y el aprendizaje social; es objetivado, porque se manifiesta en la materialidad a través de bienes que se identifican por criterios técnicos, de uso y simbólicos, en relación con las marcas y con los agentes

que los configuran de forma activa, ya sea como productores de estos desarrollos o como interventores sobre el bien físico o virtual, es decir, *prosumidores*¹; finalmente, es institucionalizado a través de los certificados o títulos que dan cuenta de un saber especializado que se mantiene sobre él.

Se distancia y desborda al capital cultural en la medida que propone tipos de aprendizajes disímiles, tanto en escenarios como en formas y modalidades de participación que minan aprendizajes socialmente legítimos; además, transforma la subjetivación debido a la integración de estos elementos:

Referencias, lenguajes, saberes, formas expresivas y recursos simbólicos con los que las personas co-producen las técnicas mediante las cuales se subjetivan a sí mismas (lo que Foucault [1990] llama *tecnologías del yo*) se vinculan a los universos de sentidos que brindan estas nuevas tecnologías [...]. (Welschinger, 2015, p. 437)

Igualmente, el capital TIC guarda una relación muy íntima con el capital social, dado que lo reconfigura a partir de la conexión y la participación en redes sociales, que con respecto a los jóvenes permite:

(i) visibilidad (ser “popu”: cantidad de contactos, cantidad de “me gusta” obtenidos, comentarios, fotos compartidas); (ii) autenticidad (la visibilidad se valora cuando se consigue mediante la publicación de producciones percibidas por estos jóvenes como originales, creativas, hechas o seleccionadas por el autor, generalmente marcando el rastro de las peripecias de su vida cotidiana); (iii) “estar actualizado” (la originalidad de las producciones, publicaciones, enlaces, estados en FB, se vincula también al valor de la novedad). (Welschinger, 2015, p. 446)

La conexión remite también a la necesidad de ser incluido en ciertos círculos de sociabilidad y, de esta forma, ser visible, obteniendo un reconocimiento social. Sobre este punto y debido a los objetivos del presente estudio, es vital considerar las acciones del acceso a mundos mediáticos diferentes que provee la acumulación del capital TIC. Algunos autores sostienen que internet no ha producido relaciones igualitarias; por el contrario, es lugar de pugnas e inequidades con respecto a etnicidad y clase social. Las personas pertenecientes a las clases medias tendrán un desempeño diferencial en redes, manejo de computadoras y *software*; como sostiene Buckingham (2008), “los niños más pobres tienen menos acceso a los bienes y servicios culturales: no solo viven en mundos sociales diferentes, sino también en mundos mediáticos diferentes” (p. 115). Estos mundos mediáticos diferentes construyen representaciones o

1 “El concepto fue anticipado por Marshall McLuhan y Barrington Nevitt, quienes en el libro *Take Today* (1972) afirmaron que la tecnología electrónica permitiría al consumidor asumir simultáneamente los roles de productor y consumidor de contenidos” (Islas, 2010, p. 60)

significaciones disímiles con respecto a la clase social. Este postulado lo probarían Benítez y Winocur (2010), quienes en su investigación constataron la necesidad de acceder a redes sociales como parte de la construcción y representación de los jóvenes y sus familias pertenecientes a sectores populares; este aspecto produce una gran preocupación por el riesgo de quedar marginados de las personas con más recursos, que tienen un mayor acceso al uso de internet.

Capital TIC: desigualdad y brecha digital

De Certeau (1980) afirma que el uso de las tecnologías de la información y la comunicación actúa como operador de apropiación en estrecha conexión con sistemas de prácticas atados a tiempos y lugares, pues insta una red de flujos entre sujetos, crea una cotidianidad de la creatividad dispersa, y oculta la productividad del consumo. Esto significa que se vive en la sociedad de la información y el conocimiento, mediada por el consumo, pero construida por dinámicas sociales, económicas y culturales que definitivamente son desarrolladas en relación con el uso y la apropiación de tecnologías de la información y la comunicación.

Esta realidad ha sido estudiada desde muchas perspectivas, algunas de ellas críticas, porque señalan enfáticamente los impactos negativos sobre las relaciones y la vida de los

sujetos. Por lo tanto, se ha buscado una nueva perspectiva de abordaje que permita dar otras miradas mucho más relacionales y menos esencialistas sobre las acciones de las tecnologías de la información y la comunicación. Por ello, entender las manifestaciones del capital TIC en la vida de los sujetos pertenecientes a clases sociales y con realidades propias latinoamericanas puede dar pistas para nuevas apreciaciones de este fenómeno. Sobre esta consideración, irrumpe la pregunta por el capital TIC y los tejidos que este extiende en problemas tan importantes como la disminución de la brecha digital. Conocer esta realidad es comprender la realidad misma del mundo actual latinoamericano.

Las formas diferentes de posicionamiento estatutario se realizan a través de prácticas o *habitus* que siguen los agentes. El *habitus* es el principio generador de las prácticas de posicionamiento; por lo tanto, son estructuras estructurantes que organizan tanto las prácticas como la percepción de las mismas. El *habitus* se transforma en principio de división de las clases sociales creando desigualdades y estatus diferenciales:

El *habitus* aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo las formas de diferencias unas prácticas enclavadas y enclavantes, como productos del *habitus*. Al ser productos de las diferencias, son objetivamente atribuidos a estas y tienden por consiguiente a percibirse como naturales. (Bourdieu, 2002 [1979], pp. 170-171)

Es así como, al ser percibidas de forma natural, no son cuestionadas en su práctica, y hasta llegan a ser justificantes de la misma. Los juicios de clasificación y enclasmiento se forman a partir de criterios de diferencia, pero también de desigualdad social:

No hay diferencia socialmente conocida y reconocida más que por un sujeto capaz no solamente de percibir las diferencias, sino de reconocerlas como significantes. Es de este modo, particularmente a través de las propiedades y sus distribuciones, que el mundo social [...] se organiza según la lógica de la diferencia, desviación diferencial, así constituida como distinción significativa. (Bourdieu, 1990, p. 36)

Las distinciones son transfiguraciones simbólicas de las diferencias manifestadas en rangos jerárquicos y producto de la aplicación de esquemas de construcción de juicios incorporados a las estructuras. Poseen “el reconocimiento de la legitimidad más absoluta que no es otra cosa que la aprehensión del mundo ordinario como auto-evidente, que resulta coincidencia casi perfecta de las estructuras objetivas con las estructuras incorporadas” (Bourdieu, 1997, p. 37). De esta manera, las distinciones operan desigualdades que se evidencian en el contexto social.

Entonces, siendo manifestaciones propias del juicio, de la naturalización e incorporadas a las estructuras legítimas: ¿cómo podrían determinarse cuáles serían entendidas como desigualdades y cuáles no? Una de las definiciones importantes sobre la

desigualdad social es aquella que la determina como una situación que muestra una inequidad en la posibilidad de acceder a recursos (capitales), servicios (como internet) y elementos simbólicos que condicionan la posición social. Así, “las características del individuo y los diferentes lugares o roles pueden ser evaluados de forma desigual u ordenados de superior a inferior. En este sentido, nos referimos a la desigualdad social en términos de prestigio u honor” (Kerbo, 2003, p. 11).

Tilly (1998) estudia los mecanismos de desigualdad, entre ellos menciona: (i) las relaciones asimétricas a través de un reconocimiento social y la vinculación o exclusión de redes interpersonales, que permite acceder a recursos controlados por otros; (ii) los mecanismos de explotación, que impiden fortalecer sistemas de equidad; (iii) los mecanismos de emulación y adaptación, que refuerzan las categorías de distinción; (iv) la adopción masiva de organizaciones que aceptan las mismas categorías de distinción, las cuales luego se generalizan en la vida cotidiana; (v) la experiencia en los entornos categóricamente diferenciados, que dan de forma sistemática, diferente y desigual una preparación a los participantes en las nuevas formas de organización; y (vi) gran parte de las observaciones e interpretaciones ordinarias sobre las diferencias son expresadas desde la desigualdad.

Por lo anterior, Tilly (1998) concluye que las categorías de desigualdad son invenciones sociales desarrolladas a

partir de la interacción social, cuyo objetivo es el solucionar problemas de la vida cotidiana. Mientras para este autor el origen de la desigualdad es relacional y de construcción social, para Tezanos (2002) este se encuentra, principalmente, en el ingreso, acompañado del juego de las fuerzas de mercado.

Para finalizar, Giroux (1983), aunque no se refiere a la desigualdad, sí lo hace con la reproducción de las formas de poder que se dan en la escuela; anota tres modelos básicos en la comprensión de estas formas de reproducción: *el modelo reproductivo económico*, que plantea un tipo de poder estatutario cuya función principal es la legitimación de esas mismas relaciones de poder (dominio-subordinación) que ha establecido como propias de su campo económico; *el modelo reproductivo cultural*, donde las sociedades divididas en clases y las configuraciones materiales en que descansan están parcialmente mediatizadas y reproducidas a través de la violencia simbólica; esto es, el control de clase se constituye a través del sutil ejercicio del poder simbólico sostenido por las clases gobernantes para imponer una definición del mundo social consistente con sus intereses; y *el modelo reproductivo del Estado hegemónico*, que parte de pensar en el Estado como central en los análisis de dominación y explora las dinámicas matizantes de la relación entre el Estado y el capitalismo. En este análisis, el Estado es visto desde tres ideas dominantes: (i) el Estado es autónomo en cuanto a una determinada clase o

sistema económico dominante; (ii) el Estado es un sitio marcado por conflictos progresivos entre varias clases, sexo y grupos sociales; y (iii) el Estado no puede ser simplemente una construcción de un proceso de lucha de clases, ni ser mantenido por los medios represivos que posee.

Sintetizando y retomando en términos de los autores revisados, se concluye que la desigualdad social es construida y representada por diferentes agentes, ubicados en órdenes de distinto valor, siguiendo *habitus* estructurantes que reafirman las características diferenciales sobre el otro. En este juego entran los capitales y sus particulares configuraciones. En principio, los capitales serán el económico, el social, el cultural y el simbólico. Los agentes son ordenados y objetivados en estructuras desiguales de acuerdo con las reglas establecidas en el campo; por lo tanto, las características de ingreso, gasto, movilidad, raza, género, poder, prestigio y relacionales serán parámetros de aumento o disminución en estos capitales. Estas mismas características señalan tipos de análisis e inclusive marcan las explicaciones sobre la persistencia de la desigualdad que se institucionaliza y se mantiene gracias a los sistemas de exclusión e inclusión que ella misma funda.

La brecha digital se manifiesta en las lógicas del campo, mencionado anteriormente, como producto de los *habitus* de exclusión presentes y estructurantes en el dominio de las tecnologías de la información

y la comunicación. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2001) define la brecha digital de la siguiente manera:

El desfase o división entre individuos, hogares, áreas económicas y geográficas con diferentes niveles socioeconómicos con relación tanto a sus oportunidades de acceso a las tecnologías de la información y la comunicación, como al uso de internet para una amplia variedad de actividades. (p. 5)

Las estructuras estructurantes o el *habitus* de exclusión y de desigualdad, ya preexistentes en la sociedad desigual de clases sociales, influyen junto con sus lógicas para mantener la brecha digital, que no puede verse solo como acceso y uso de las TIC, sino como parte de la brecha de inequidad que posee rasgos de complejidad de acuerdo con la sociedad donde se presenta:

Como bien lo ha demostrado Castells (2001, pp. 275-299), la brecha digital no solo se construye a partir de las diferencias socioeconómicas, sino, también, de diferencias étnicas, generacionales, de género y de capital cultural. A lo cual también agregaríamos otra de carácter simbólico entre quienes comprenden y se apropian de sus ventajas y potencialidades. (Benítez y Winocur, 2010, p. 12)

En síntesis, la brecha digital posee una dimensión política, pero también económica, social y simbólica. La brecha digital irrumpe y se configura como parte de las dinámicas de desigualdad social; por ello, se

manifiesta como urgencia para el logro de un bienestar integral del sujeto contemporáneo.

Metodología

Como se anotó anteriormente, este estudio es producto de la reflexión teórica y la indagación cualitativa a hombres y mujeres pertenecientes a clases bajas y medias de la ciudad de Bogotá. Esta investigación fijó su pregunta en la comprensión de cómo se evidencia y comporta el capital TIC en clases bajas y medias de Bogotá. Los objetivos específicos fueron (a) fortalecer teóricamente la categoría de capital TIC a partir de la exploración documental e investigativa aplicada; (b) identificar las formas de interacción, consumo y configuración de legitimidades simbólicas y estatutarias en clases medias y bajas de Bogotá; y (c) conocer las relaciones y conflictos que se establecen entre los capitales social, cultural y simbólico.

La metodología seguida para cumplir con estos objetivos se diseñó en dos fases. En la primera, se realizó el acopio de información para la construcción de la categoría teórica de capital TIC. La segunda fase se centró en el trabajo de campo para alimentar la evidencia de esta categoría y entenderla en su cotidianidad social de clase.

En la segunda fase, se utilizó la metodología propuesta por la investigación mediación acción (IMA) diseñada desde la experiencia de investigación en aula con estudiantes

de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Central de Bogotá (Colombia). La IMA se plantea desde una perspectiva cualitativa y considera a la investigación como un proceso riguroso cuya motivación inicial parte de una intención referida al saber, donde se establece una relación con la sociedad y el conocimiento científico (Cubides y Durán, 2002, citados por Leguizamo y Oliveros, 2012). El proceso de investigación mediación acción propone la mixtura en métodos y técnicas, y su definición de acuerdo con los objetivos y características de los sujetos por indagar. Para esta investigación, se tomó la entrevista estructurada y la reflexión autobiográfica como técnicas principales. La reflexión autobiográfica se refiere a un ejercicio corto del relato de la experiencia de vida con respecto a las TIC. Las entrevistas estructuradas fueron cuestionarios con diez preguntas cerradas y de identificación; y treinta preguntas abiertas sobre las categorías: TIC, capital TIC, capitales y clase social. En total, se realizaron treinta entrevistas estructuradas y veinte reflexiones autobiográficas. La muestra estuvo conformada por 50 hombres y mujeres pertenecientes a clases medias y bajas de la ciudad de Bogotá, con edades de 18 a 45 años.

Para el proceso de análisis, se transcribieron las entrevistas. Las primeras diez preguntas se subieron a una matriz para luego analizarlas bajo gráficos y fórmulas estadísticas brindadas por Microsoft Excel. Para

el resto de las respuestas, se realizó una codificación abierta axial a través del programa Atlas.ti. Las autobiografías se valoraron con codificación manual a partir de los códigos encontrados en las entrevistas y listados por Atlas.ti. Los principales resultados de la segunda fase se presentan a continuación.

Resultados

En este aparte, los datos se exponen en relación con las categorías principales de indagación mencionadas en la metodología: TIC, capital TIC, capitales y clase social.

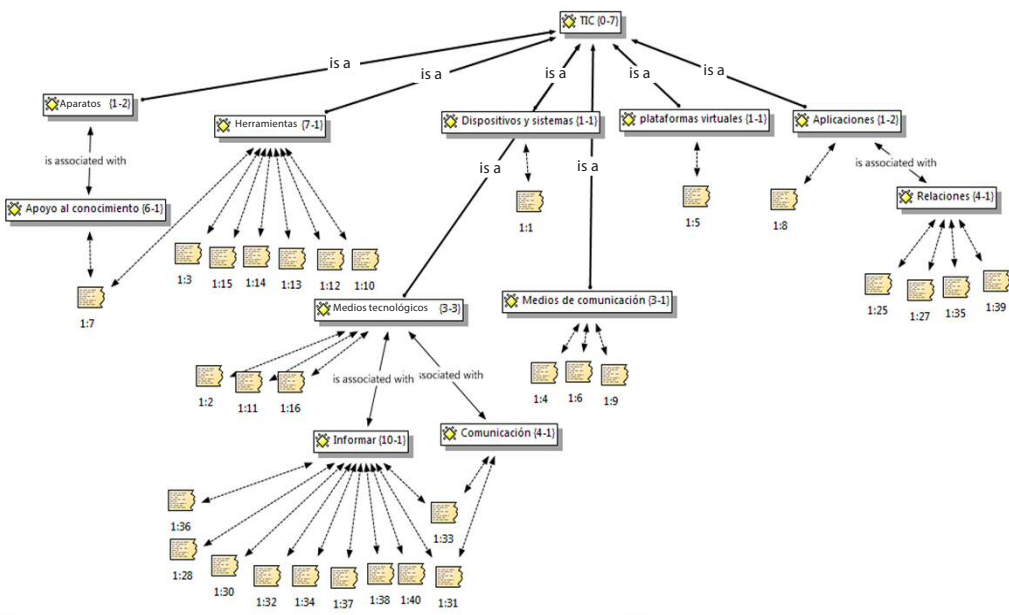
Definiciones y dispositivos TIC

Con respecto a la comprensión de las TIC, se entiende que estas tecnologías son en principio herramientas para transmitir información: “Son las diferentes herramientas que utilizamos para transmitir una idea, información, cualquier cosa que queremos que tras-pase en poco tiempo y que llegue a varias personas de una manera rápida, lo otro no lo sé” (hombre, 26 años, clase media), o “Bueno, para mí las TIC son como una herramienta para facilitar la comunicación, la información y el desarrollo global para la sociedad” (mujer, 20 años, clase media). Otras personas consideran que tienen una definición particularmente relacionada con la educación: “Pues, yo creo que esos son los aparatos en los que uno investiga y eso” (hombre, 31 años, clase baja),

o “Es seguramente un instrumento de estudio” (mujer, 18 años, clase baja). Es relevante que las personas de la clase baja asumieran este tipo de definición tan cercana a la de capital cultural. Este resultado hace referencia a lo hallado

por Benítez y Winocur (2010), donde la representación sobre la exclusión está asociada a las diferencias percibidas en el capital cultural entre clases sociales y entre generaciones con y sin formación o estudios.

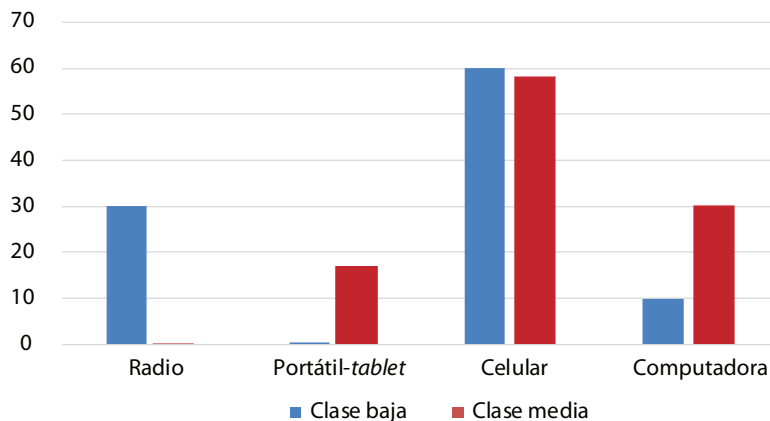
Figura 1. Red de definición de TIC



Elaboración propia

Los artefactos TIC forman parte del capital TIC objetivado, pero al mismo tiempo están ligados a la definición de lo que son estas tecnologías. Por ello, las personas entrevistadas respondieron reafirmando que estos aparatos eran objetos que apoyaban el conocimiento y, asimismo, los ven desde su funcionalidad como herramientas (véase la figura 1), que permiten acceder a información (en mayor medida), a comunicar y a relacionar.

Las dinámicas de las relaciones como el mantenerse informado se dan a través de las diferentes aplicaciones que poseen los aparatos TIC. Esta sería la razón, nada sorprendente, por la cual el dispositivo más utilizado en las clases sociales baja y media es el celular, como se puede observar en la figura 2. Para los niveles socioeconómicos bajos se hace relevante, también, el uso de la radio: “En la casa tengo el radio y el televisor... y la computadora”

Figura 2. Comparativo entre clases sociales sobre el dispositivo de mayor uso

Elaboración propia

(hombre, 45 años, clase baja), mientras que en los niveles medios es la computadora (de mesa o portátil) la que se impone: “El celular y el televisor son los que yo así más utilizo, de resto mi familia ya utiliza una computadora y, pues, el celular que es de uso personal” (hombre, 36 años, clase media). De este resultado se puede decir que a mayor clase social, mayor acceso a aparatos TIC.

El *habitus* en el campo digital requiere mantener las relaciones mediatizadas por los dispositivos tecnológicos. Estas relaciones ameritan una actividad demandante por sus altas frecuencias en el uso de dispositivos. Al tratar de ser más específicos en la comprensión de estos usos, en cuanto a dispositivos y agentes, se observó que la comunicación directa se desplaza en la relación con los amigos, los vecinos y los compañeros de trabajo o pares, por la comunicación

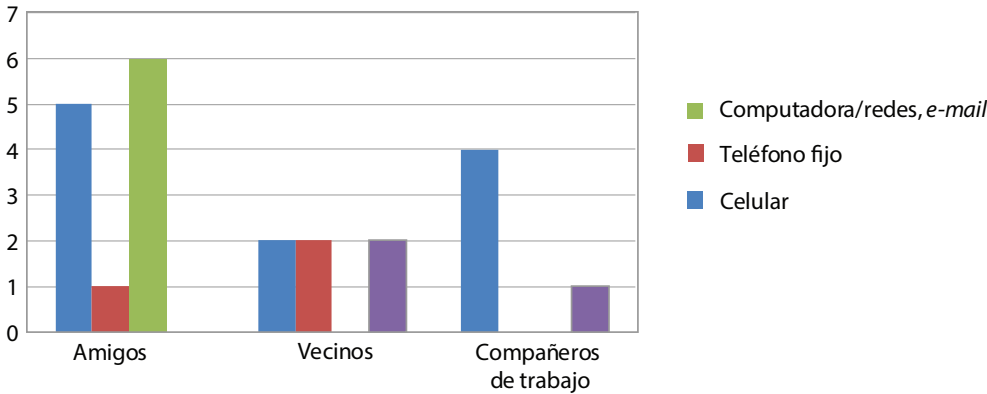
mediada por el celular o las computadoras: “Realmente en mi comunidad, por decirlo así, somos muy distantes; entonces, realmente no hay como esa interacción con ayuda del celular” (mujer, 23 años, clase media).

En la figura 3, se puede observar que son siempre los amigos con quienes se mantiene una mayor frecuencia de interacción; no obstante, la diferencia es que las clases bajas utilizan más comunicaciones directas y el teléfono fijo. Para las clases medias, la interacción se hace por el celular y la computadora, en el mayor porcentaje.

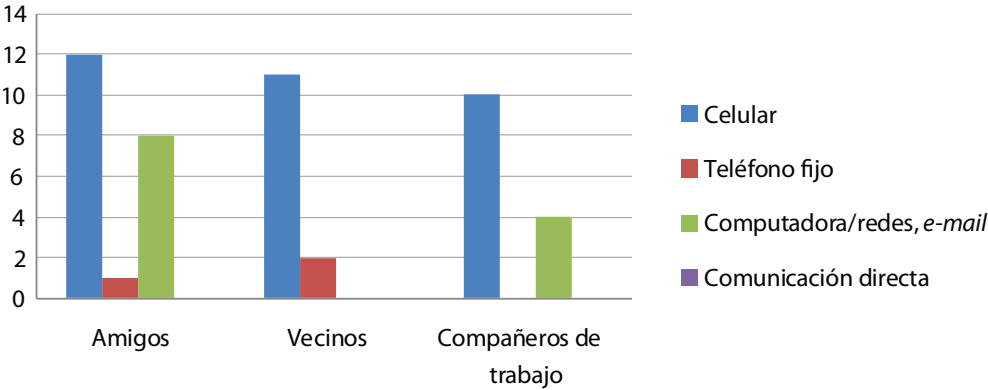
El celular, por ser uno de los aparatos más utilizados para las interacciones, posee una valoración y explicación más emocional, y muchas veces es sobrevalorado, por ejemplo:

Este celular brindaba otros niveles de comunicación, por ejemplo, descargar WhatsApp, Facebook, Twitter, era

Figura 3. Comparativo sobre el uso de dispositivos TIC y agentes conectados



Dispositivos y agentes: clase media



Elaboración propia

tener el mundo en las manos de uno y estar a un solo clic de acceder a la información mundial; con este celular también podía hacer investigación de tareas o revisar mi correo, fue una gran ventaja para la vida de cualquier persona. (Reflexión autobiográfica, mujer, 20 años, clase media)

Este vínculo emocional con el celular provoca que su compra o pérdida se convierta en un evento memorable:

Cuando vi el celular, mi reacción fue abalanzarme sobre el aparato, mirarlo, e inmediatamente comenzar a explorar su sistema: “Aquí es el menú”, “acá

están los tonos”, etcétera. En el colegio, ya varios de los compañeros tenían un celular, y en mi familia, los primos mayores también tenían uno. Mi curiosidad por los celulares fue mucha, así que pedí tener uno para cuando tuviera 15 años. (Reflexión autobiográfica, mujer, 22 años, clase media)

Debido a la inseguridad que se presenta en ciudades tan congestionadas como Bogotá, es común el relato del robo o la pérdida del celular con el mismo tono dramático que caracteriza su descripción o su compra: “Salí corriendo como un bólido a reclamar mi teléfono y tenía juegos, imágenes más nítidas, era otra cosa ese teléfono, para mí era lo máximo y cuando me lo robaron en un Transmilenio, sentí que me moría” (reflexión autobiográfica, hombre, 32 años, clase media).

Capital TIC

Se parte de considerar que el capital TIC, al igual que el cultural, posee tres estadios: objetivado, incorporado por los aprendizajes que vienen desde casa, e institucionalizado, que pasa por la educación o por el aprendizaje no vicarial de la academia y del cual dan cuenta los títulos otorgados de manera formal que acreditan un manejo avanzado de lo virtual. Con respecto al capital TIC institucionalizado y al incorporado, se supone que estos implican un conocimiento sobre su tecnología, su posibilidad de uso, su marca y las relaciones establecidas con otros bienes tecnológicos.

En las entrevistas, se encontró que existe una profunda diferencia en las apreciaciones de las clases sociales con respecto a las incorporaciones relacionadas con el bien tecnológico, como se puede apreciar en la tabla 1, ya que los niveles socioeconómicos 1 y 2 (clase baja) evidencian un pobre conocimiento y también una menor objetivación alrededor de los bienes TIC. Los niveles más bajos expresan un saber limitado sobre estos bienes, pues los describen a partir de sus formas, tamaños y colores, y, además, con definiciones básicas de su funcionamiento, contrario a lo que ocurre en los niveles 3, 4 y 5 (clase media). No obstante, el conocimiento legítimo, es decir, el tecnológico, sigue siendo superficial y matizado por el discurso publicitario: “El teléfono es un iPhone 5, tiene un plan ilimitado de internet y un plan limitado de minutos, tiene una memoria de 32 GB y es de última tecnología” (hombre, 26 años, clase media).

Como ya se anotó, en la tabla 1 se señalan los tópicos sobre los cuales se construye la objetivación del bien, lo que muestra el conocimiento que se tiene sobre el mismo, tal como se hace en una obra de arte como bien perteneciente a un capital cultural. Para los bienes que conforman el capital TIC, se tiene que los niveles bajos valoran el bien por su estética y funcionalidad; esto contrasta con los niveles altos, que no solo valoran lo estético y funcional, sino que también comprenden y leen marcas; así trascienden el valor simbólico del bien.

Tabla 1. Comparativo de saber sobre el bien TIC

Clase baja	Clase media
Desde la forma, el tamaño y el color	Desde la forma, el tamaño y el color
Desde la funcionalidad	Desde la funcionalidad y sus aplicaciones
	Desde la marca y el modelo
	Desde aspectos técnicos

Elaboración propia

El describir aspectos técnicos muestra un saber más incorporado, pues no logra ser institucionalizado, porque no ha pasado por el conocimiento puramente técnico y formal.

Anteriormente se explicó que en el capital tecnológico, tanto incorporado como institucionalizado, figuran dos tipos de diferentes procesos de apropiación. El primero supone un aprendizaje social y cultural que se hace evidente en las maneras de comportarse; y el segundo está dado de forma estructurada, normativa y legítima por una institución constituida para tal propósito.

En la figura 4, el aprendizaje y la socialización se relacionan con las razones, los tipos de formación y los agentes involucrados. Entre las razones, se encontró que el trabajo y la profesión son las primeras consideradas al momento de iniciar un aprendizaje en TIC; por lo tanto, entre los tipos de formación que se vinculan con este logro de capital institucionalizado aparece la formación institucional (se menciona el SENA, que es un servicio de educación

técnica gratuita para los colombianos, brindado a personas pertenecientes a clases bajas). Es curioso que entre estas razones no se mencione la necesidad de conectividad con sus redes, puesto que precisamente este tipo de aprendizaje se ha incorporado al comportamiento social; tal vez sea la necesidad de resolverlo socialmente y no de forma institucional lo que prima en estos aprendizajes de conectividad digital.

No obstante, la experiencia cotidiana como fuente de aprendizaje tiene un importante impacto, ya que para cualquiera de los niveles socioeconómicos son los mismos medios los que facilitan su manejo y apropiación; es decir que se puede concluir que los mismos medios son agentes productores de bienes simbólicos, a la vez que se convierten en fuente de socialización o incorporación:

Mi primer celular fue el Nokia 1100, con esta creación fue donde entendí lo fácil y rápido que podría ser comunicarse con las personas sin importar el lugar donde se encontraran, escuchando su voz en cuestión de milésimas de

segundos. (Reflexión autobiográfica, mujer, 26 años, clase media)

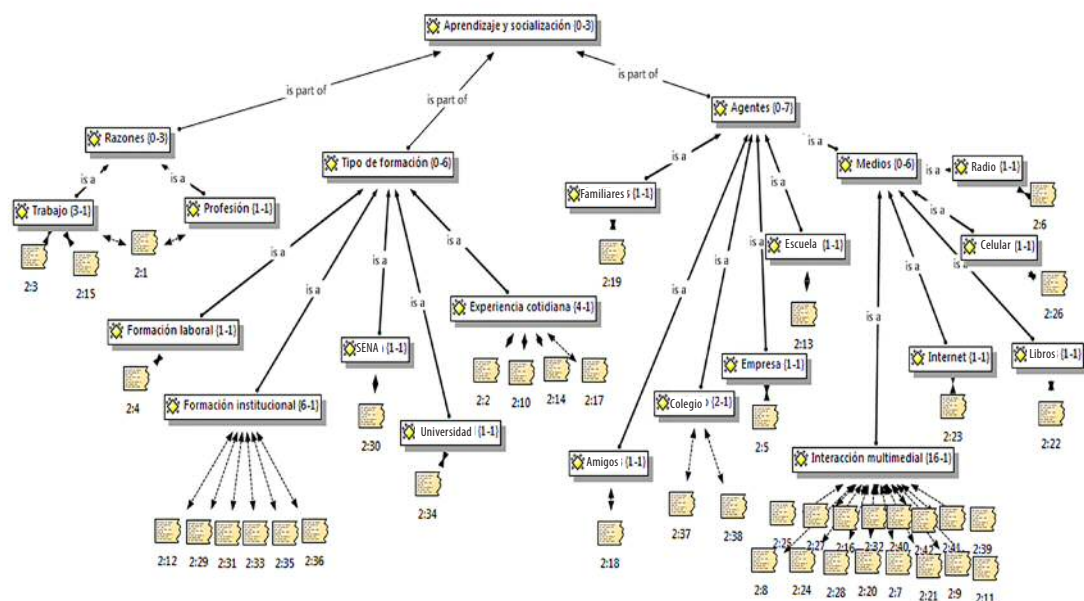
Aunque también aparecen otros agentes de formación como familiares y amigos:

Una de mis hermanas me enseñó a manejar el portátil y aprendí a utilizar Messenger, donde chateaba con mis compañeros del salón y compartíamos todo tipo de archivos; después de un tiempo creé una cuenta de Hi5, donde publicaba fotos y conocía más personas. (Reflexión autobiográfica, mujer, 24 años, clase media)

La experiencia cotidiana y la enseñanza por cercanos, amigos o familiares son aprendizajes para la configuración del capital TIC incorporado; y la escuela, los colegios o empresas lo son para el capital TIC institucionalizado:

En el colegio hubo computadoras marca Dell, más o menos tengo recuerdos de segundo de primaria, y que nos llevaban a sala de cómputo, pero ahí solo usábamos los programas básicos, nada muy extravagante, y hasta era una clase aburrida por la fea imagen de la computadora. (Reflexión autobiográfica, mujer, 25 años, clase media)

Figura 4. Apropiación del capital TIC



Elaboración propia

Cabe resaltar que el aprendizaje de la interacción multimedial está dado por los medios, al igual que internet, el celular, la radio y los libros. Esto podría significar que el *habitus* del campo digital es influenciado de manera notoria por los mismos medios que se vuelven agentes estructurantes y definitorios.

Capital TIC versus capital cultural

Martín-Barbero (1992, 1997, 2003, 2005) ha realizado un seguimiento de los medios en relación con sus mediaciones, considerando que existe un descentramiento del libro como lugar de poder y de conocimiento de la modernidad hacia otros usos o posibilidades de información que da la tecnología. Por ello, en estudios posteriores, se determina la representación del libro como herramienta de acceso al conocimiento, entendido este último como información. Al ser el libro herramienta de información, compite con todas aquellas herramientas tecnológicas que proveen o facilitan conocimiento (Oliveros, 2011). No se trata de hacer una reducción del capital cultural al objeto libro, sino de verlo como dispositivo de sumo valor para el capital cultural y para sus formas incorporadas, objetivadas e institucionalizadas. Tanto en estos estadios del capital como en la reproducción social que se genera en el campo social y virtual²,

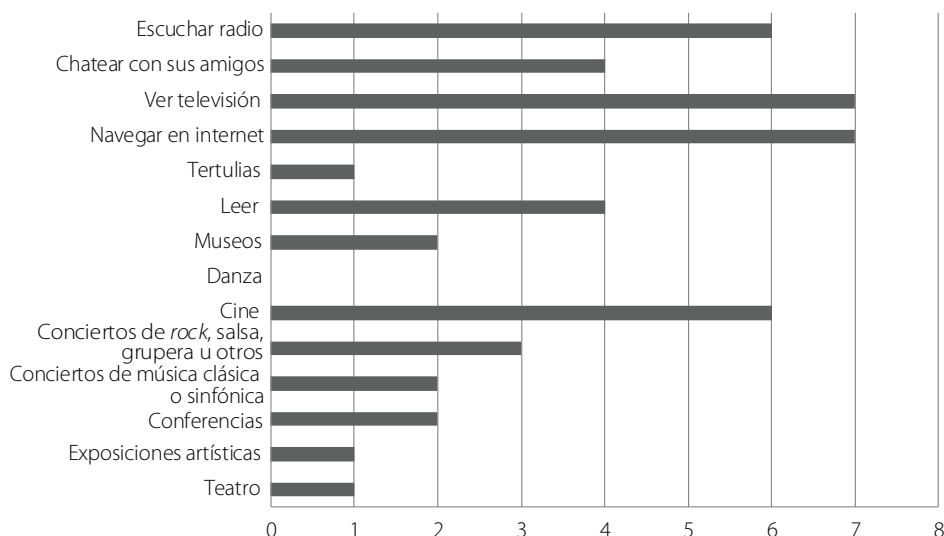
en donde el *habitus* toma verdadera relevancia, ya que indica la importancia de la acción y su peso simbólico.

Una mirada rápida a la práctica (véase la figura 5) muestra un panorama donde navegar, chatear y estar en interacción multimedial son acciones cotidianas que vuelven ocasionales los demás consumos culturales, dejándolos en un nivel de menor reconocimiento e importancia simbólica, frente a las exigencias del juego de poder en el campo, como lo es el *feedback* diario con las redes sociales, que evidencia emociones, comportamientos y muy en particular enclasmientos relacionados con la conformidad y aceptación del orden impuesto. Welschinger (2015), con respecto a la significación y la acción de estas interrelaciones, anota:

Negar la importancia que subjetivamente los actores otorgan a estas prácticas y emociones no permite ver en esta dimensión más que el efecto de la dominación simbólica de las industrias culturales masivas de los grandes monopolios de la red como FB. Sin embargo, procurar ser “visibles” en el mundo de las redes sociales, ser “seguido”, conseguir los “me gusta” en sus estados (dibujos, comentarios, chis-

“En nuestras investigaciones sobre internet y el celular en la vida cotidiana, lo virtual alude a los vínculos que se sostienen en el ciberespacio (*online*), y lo real o presencial, a los contactos cara a cara en el espacio físico (*offline*)” (p. 21). Con esta precisión se señala el uso de esta dicotomía, sin obviar que en momentos actuales son tomadas como un continuo con fronteras cada vez más difíciles de determinar.

2 Winocur (2009), sobre estas oposiciones entre lo social-real y lo virtual, especifica:

Figura 5. Comparativo de prácticas TIC y culturales

Elaboración propia

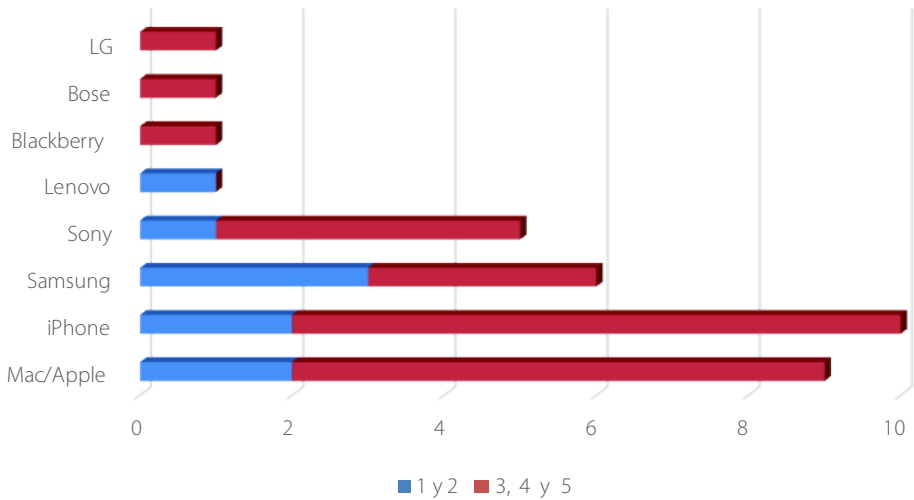
tes, parodias) de FB o la cantidad de visitas a sus videos, todo ello muestra la productividad de la sociabilidad (que la bibliografía tiende a ver reducida a lo lúdico o al ocio) en la experiencia de estos jóvenes. (pp. 450-451)

La acumulación de cualquiera de los capitales permite una mayor competencia en el campo, ya que “estos sutiles, y en apariencia, efímeros recursos se vuelven significativos si reflexionamos que estas acciones habilitan la capacidad de ensanchar los márgenes de acción” (Welschinger, 2015, p. 451). Aunque para Bourdieu era muy significativo el capital cultural para acceder o permanecer en determinada clase social, el capital TIC ubica socialmente a los sujetos, posiciona símbolos y representaciones que

tienen un efecto similar al del capital cultural. Por lo tanto, se puede hablar en similares términos de la distinción que brinda el consumo tecnológico tal cual fuere el consumo cultural, y comprender los tipos de símbolos que están construyendo, tanto en la manera de establecer lenguajes de uso y relación como en la que se signa a los sujetos.

Como se puede ver en la figura 6, existe un reconocimiento de marcas tanto para celulares como para computadoras que responden al deseo o aspiración del poseer, pero también al enclasmiento que el poseerlas produce, ya que algunas de estas marcas se perciben como usadas por personas de niveles socioeconómicos altos; por ende, el hecho de tenerlas generaría

Figura 6. Marcas aspiracionales en celulares y computadoras



Elaboración propia

un tipo de proyección de mayores recursos y, por lo tanto, de mejor ubicación en el campo:

Con el pasar de los años, los televisores fueron removidos de las habitaciones porque, según las amigas de mi madre, eso le quita la energía al cuerpo, pero fue lo único que salió de nuestra vida. [...] Creo que fui una persona afortunada, digo esto porque siempre he tenido una computadora en mi casa, y, además de que la comunicación ha sido excelente con mis padres, no he tenido la desfortuna de hacer un mal uso de internet, a pesar de que empecé a explorar este campo desde muy temprana edad. (Reflexión biográfica, mujer, 21 años, clase media)

La acumulación de capital TIC se hace bajo las condiciones impuestas

por la globalización y el mercado. Por ello, se depende de estas dinámicas para poder actuar y permitir su acumulación.

Discusión: ¿cuánto cuesta acceder a lo digital?

Desde la introducción se ha justificado y determinado el capital TIC en sus formas de objetivación, incorporación e institucionalización, y, además, se ha mostrado que sigue un comportamiento similar al capital cultural. En relación con la investigación desarrollada, se reafirmó la evidencia del capital TIC en la práctica cotidiana y sobre todo en el campo contemporáneo actual. Finalmente, se reveló cómo

este capital descentraliza la práctica y el valor de los objetos pertenecientes al capital cultural.

Pero ¿qué significa esto en el ámbito de lo social? ¿Qué precio reclama la imposición de este nuevo capital? Realmente, lo hallado en este estudio demuestra, básicamente, que aunque existen costos en la acumulación del capital, los agentes que le dan su importancia parecen conformes o han naturalizado las exigencias del mismo. Estos costos o hallazgos se sintetizan así:

- a. El poder del capital cultural, que enclasa y marca posiciones o estatus de los agentes en el campo, es debilitado por cuenta de un nuevo capital que posee similares características en su conformación, pero que lo desborda en su especificidad. Por lo tanto, se puede afirmar que pesa mucho más el capital incorporado que el institucionalizado, y que, aún más, no es necesario que los aprendizajes recurran a la institucionalidad para obtener su legitimidad.
- b. Las posiciones de enclasmiento marcan las fronteras de la brecha digital que se complejizan en la comprensión multidimensional del capital TIC, debido a que este extiende su poder a aspectos sociales, culturales, políticos y económicos en el campo contemporáneo actual.
- c. Los nuevos *habitus* o comportamientos se desarrollan en mundos

paralelos y continuos, donde las acciones sociales cara a cara y las mediadas por lo virtual cobran similares redundancias, ya que en palabras de Riveiro:

La realidad virtual ahora existe en un mundo paralelo, online, una especie de universo hiper-posmoderno donde tiempo, espacio, geografía, identidades y cultura tienen otras dinámicas [...] somos capaces de ser transportados simbólicamente hacia otros lugares, imaginar lo que no está aquí y, más aún, somos capaces de crear realidades a partir de estructuras que son puras abstracciones antes de volverse hechos empíricos. (Winocur, 2009, p. 21)

- d. El *habitus* del capital TIC empuja a los agentes a comportamientos y requerimientos que, entre otros, presionan por consumos de aparatos en continuo movimiento de precios y marcas, una demandante interacción virtual para generar vínculos, aprendizajes rápidos para manejos simples tecnológicos y lenguajes esnobistas.
- e. Los agentes actuales luchan por tener dominio y acumulación del capital TIC, ya que este permite una inclusión y movilidad social, pero que a la inversa genera inequidad y desigualdad social.

Entonces, disminuir la brecha digital no se limita al acceso a internet o lograr la posesión de un bien que permita dicha conectividad, sino que transcurre por la necesidad de

conseguir el necesario capital TIC que, como se anotó, comporta un exigente *habitus* en sus diferentes manifestaciones (objetivado, incorporado e institucionalizado). Esto requiere de un cambio o transformación social que va desde las formas de relación hasta las disrupciones comportamentales de experiencia de vida en cuanto a lenguajes, aprendizajes y afrontamiento de las nuevas desigualdades dadas en un campo social mediado por las tecnologías de la información y la comunicación actuales.

Este estudio, cuyo avance concluye aquí, no cierra de ningún modo la necesidad de comprender mejor las dinámicas del poder y las formas que el capital TIC toma en diferentes campos y agentes. Asimismo, profundizar en el efecto que tiene este capital en la movilidad social y en la configuración de clases o estratos sigue siendo un estímulo provocador para la continuidad de indagaciones en el futuro.

Referencias

- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México D. F.: Siglo XXI.
- Benítez, S., y Winocur, R. (2010). Internet y la computadora como estrategias de inclusión social entre los sectores populares. Imaginarios y prácticas desde la exclusión. *Revista Comunicação & Inovação*, 11(20), 3-25.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En *Poder, derecho y clases sociales* (pp. 131-164). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu P. (2002 [1979]). *La distinción. Crítica social del gusto*. México D. F.: Taurus.
- Buckingham, D. (2008). *Más allá de la tecnología: aprendizaje infantil en la era de la cultura digital*. Buenos Aires: Manantial.
- Crompton, R. (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (7 de abril del 2017). *Indicadores básicos de tenencia y uso de tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en hogares y personas de 5 y más años de edad*. 2016 [Boletín técnico]. Recuperado de http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/tic/bol_tic_hogares_2016.pdf
- De Certeau, M. (1980). *La invención de lo cotidiano* (vol. I). México D. F.: Universidad Iberoamericana; Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Giddens, A. (1980 [1973]). *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giroux, H. (1983). Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico (traducción de G. Morzade). Recuperado de <http://>

- www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/17_07pole.pdf
- Islas, O. (2010). Internet 2.0. El territorio digital de los prosumidores. *Revista Estudios Culturales*, 3(5), 43-63.
- Kerbo, H. (2003). *Estratificación social y desigualdad*. Madrid: McGraw Hill.
- Leguizamó, R., y Oliveros, D. (2012). Estrategia metodológica en investigación mediación acción (IMA) para la formación en competencias de acción social en estudiantes de Comunicación Social. *Revista Internacional Magisterio, Educación y Pedagogía*, 2012, 72-77.
- Levín, P. (1994). *El capital tecnológico*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Martín-Barbero, J. (1992). *De los medios a las mediaciones* (4.^a ed.). México D. F.: McGraw Hill.
- Martín-Barbero, J. (1997). Descentramiento del libro y estallido de la lectura. En *III Congreso Nacional de Lectura: Lectura y Nuevas Tecnologías* (pp. 155-157). Bogotá.
- Martín-Barbero, J. (2003). *La educación desde la comunicación*. Bogotá: Norma, serie Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación.
- Martín-Barbero, J. (2005). Cultura y nuevas mediaciones tecnológicas. En *América Latina: otras visiones desde la cultura* (pp. 13-38). Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Oliveros, D. (2001). *Representaciones sociales, uso y consumo del libro en Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/3874/>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2011). *Understanding the Digital Divide*. Recuperado de www.oecd.org/dataoecd/38/57/1888451.pdf
- Tezanos, J. (2002). *Clase, estatus y poder en las sociedades emergentes*. Madrid: Sistema.
- Tilly, Ch. (1998). *Durable Inequality*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Welschinger, N. (2015). Nuevas tecnologías digitales en acción: "estar conectado" en la experiencia de jóvenes de sectores populares en el marco del Programa Conectar Igualdad en el Gran La Plata. *Astrolabio. Nueva Época*, 14, 435-460. Recuperado de www.revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/index
- Winocur, R. (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

